

Escultura de Jorge de Oteiza.

EL VII "SALON DE LOS ONCE"

Se ha celebrado esta Exposición, que ha reunido obras de distintas tendencias y artistas, y para cuyo catálogo el filósofo don Eugenio d'Ors, presidente de la Academia Breve de Crítica de Arte, ha escrito el texto que aquí reproducimos. Distintos miembros de la Academia Breve han hecho notas alusivas a la labor de cada expositor, y entre ellos el arquitecto Luis Moya.

¿Será, éste que ahora en Madrid va abrirse, y a cuyo entorno ya se chismorrea, se ergotea y hasta se chilla, el último «Salón de los Once», que organice la Academia Breve de Crítica de Arte? Pudiera serlo. La misión que se impuso, al iniciarse ésta, en 1942, está aproximadamente cumplida. Cumplida y, si se quiere, rebasada. El arte nuevo—seguimos llamando así al históricamente posterior al impresionismo—, se ha vuelto en España cosa popular. Ya la gente no se asusta de nada. Ya, en Madrid, puede reemplazar, cuando la mañana de los domingos, hacia las vueltas de Recoletos, el quiosco de música ausente. Ya, en Quesada, patria de Zabaleta, empieza a dársele a Zabaleta, que antes no podía hacer allí más que soñar, el honor debido. Ya hasta los pedicuros cuelgan en sendos gabinetes, si más no, acuarelas de Eduardo Vicente. Ya las manifestaciones más audaces de la abstracción son patrocinadas por los gobernadores civiles, benditas por Lozoya y acarreadas hacia los más lejanos confines por Macarrón... ¡Si hasta en su primer ritmo de acaecimiento otoñal se ha visto suplantado el «Salón de los Once»!... De no mediar su bien probada valentía, tal vez hubiese retrocedido ante los rigores de un acomodo al corazón del invierno.

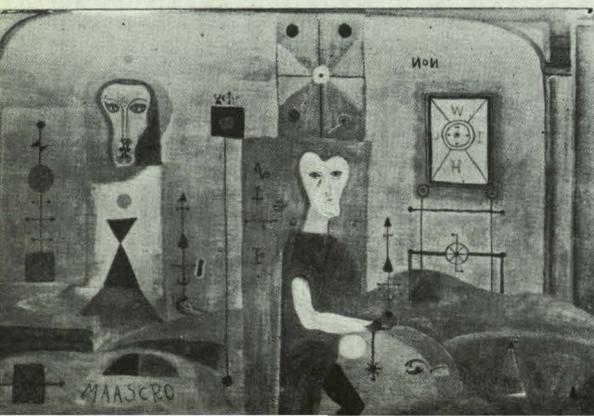
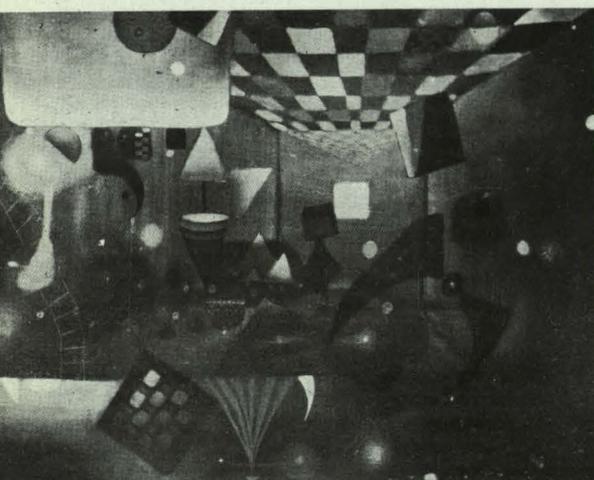
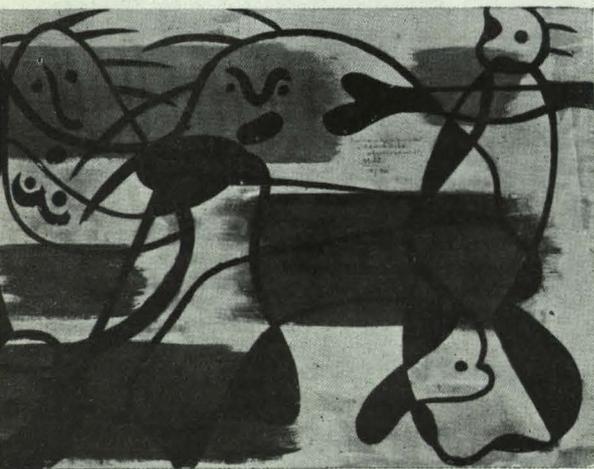
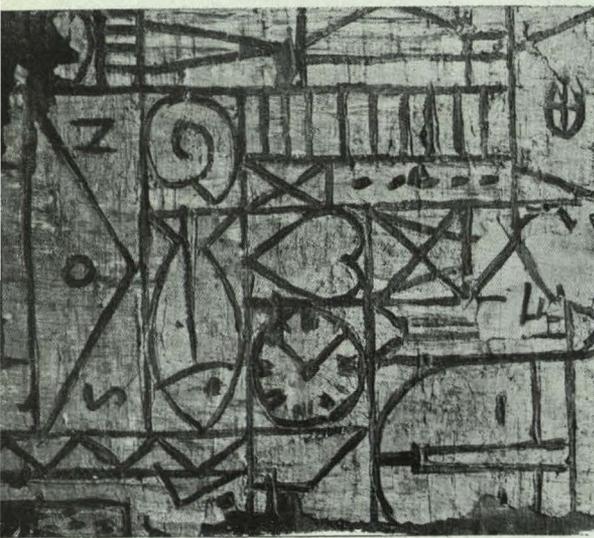
Ahora bien, cuando en un hombre o entidad, la función social utilitaria se extingue, aun le queda, y acaso es cuando empieza propiamente, su tarea de especulación espiritual. Hay candidatos al ingreso a las Academias, de las cuales se sabe que, bien por senectud, bien por antiguo aquejamiento, no van a producir nada que valga la pena. ¿Por qué se les elige, pues? Por la virtud de una relación intelectual de armonía, que el juicio establece, entre una gloriosa institución y una gloriada persona; por una especie de íntima sensación de estética oportuna, que mueve, aunque no obligue, a ciertas soluciones decorosas, sólo determinantes en la proporción en que una frase musical debe darse a tal o cual cadencia. Y ¿qué piensa el artista al componer su obra? ¿Piensa en adornar la mansión del adquirente futuro? ¿Piensa en la ganancia que a su marchante va a proporcionar, ni—a menos de simonía—, en su propia ganancia?... No. Sino que se entrega más bien a un placer interno, al goce y al dolor de la creación, en que juzga que el arte ha de encontrar su finalidad propia. Pues bien, representémosnos al «Salón de los

Once», no sólo en una tarea de educación ambiental, sino—como una Academia, al controvertir; como un artista, al componer—en funciones de libre negocio de intelecto, en funciones desinteresadas de crítica. Ha terminado—es un supuesto—su papel de propagar. Le queda, íntegra, la función de elegir. Cuando expone, no enseña ya; jerarquiza. No es un reclamo, pero es un índice. No se parecerá ya la Academia Breve a la voz del pregonero en la plaza, sino a la del *gnomon* o varilla en el reloj de sol.

Mosaico de Santiago Padrós.



Naturalmente, hay en ello una segunda obligación, por demás difícil, delicada. Y en ella, sí que la Academia Breve es insustituible. Protegida contra la parcialidad, por el hecho de su múltiple composición; exenta del prejuicio, por su alejamiento de lo escolástico; sin la presión del vulgo, por una parte—y el vulgo pulula, inclusive en los salones—, gracias a su indiferencia al volumen del éxito; libre, por otra parte, de la coacción oficial, por una independencia celosamente defendida; modesta en sus recursos, desembarazada en sus instrumentos; inerte en su influjo, y hasta, no hay por qué ocultarlo, irónica en sus principios, a nuestra privada institución, ¿quién la pudiera reemplazar? No, un negociante ni un funcionario; no, el *servum pecus* ni el *arbiter elegantiarum*, tampoco; no, un Senado, ni una juventud; no, la opinión pública ni el tirano. A ver quién, como ella, hubiera acogido sin parpadear actitudes tan extremadas como las que en este nuevo «Salón de los Once» van a reunirse. Quien hubiera sabido, sin embargo, establecer, con ellas, una ordenación, en que queda fuera todo el hormigueo confuso de las barullonas originalidades y excentricidades contemporáneas, para dejar, nutridas, armadas y dispuestas frente a frente, las dos interpretaciones triunfantes, en la pintura: la de una estética de metamorfosis, en que la realidad es metafóricamente trascendida o geoméricamente abstraída (los precursores Torres García y Joan Miró, los adalides Zabaleta, Tapiés, Pons, Cui-xart, con su marginal representación escultórica en el billbaino Oteiza) y la de una estética de idealismo, en Dalí y, capitalmente, en el italiano Zanini, con su traducción al mosaico y a la arquitectura, en la complejidad artesana de Padrós, en la depurada sencillez de Oriol Bohigas. Ni quien hubiera atendido, en valoración justiciera, a la renovación artística, que viene realizándose fuera de Madrid, no sólo



por obra de los artistas, sino por mérito de sus intérpretes literarios, un Antonio Bilbao, alma de una interesante iniciación en Vizcaya, un Gaya Nuño, un Rafael Santos, un Amadeo Puig, jóvenes voces de una ya tradicional modernidad en Cataluña. Todo esto ha necesitado, para encontrarse reunido a nuestros ojos, la eficacia de un fermento social vivo.

¡Que el aprensivo, mientras tanto, no baje al sótano de la Galería de arte de Aurelio Biosca, en la calle de Génova! ¡Que no adelante un imprudente pie o un cigarrillo descuidado hacia el depósito de pintura y escultura explosivas, que allí aguarda el ya próximo instante de su horripilante utilización...! A pie llano, es el tal lugar, apaciguado, elegante y bienquisto. Bellas estilizaciones decorativas, confortables soluciones mobiliarias para el bienestar doméstico, nos esperan, prontas a todas las satisfacciones del buen gusto. Pero el germen de la revolución anida hoy en las entrañas del establecimiento. Jamás Madrid ha visto conjunto artístico de tan estragadora violencia, como el que va a exponer, desde la semana que viene, el «VII Salón de los Once». Alguno, entre los artistas, al honor de una selección llamados, no ha omitido esta confesión con nosotros: «Ya nos damos cuenta de que hemos ido quizá demasiado lejos... Estamos en un punto y zona extremos del arte, desde los cuales no nos queda más remedio que retroceder». Alguno, sin retroceder, antes avanzando—porque el mundo ideal es redondo, como el mundo físico, que llamamos la tierra—, ha encontrado salvación y puerto en la eternidad del humanismo; así el gran Zanini, que también es probable que pasara, a los comienzos, por el futurismo italiano y por otras estridencias pánicas, que hoy parecen juegos de niños, en parangón la mezcla de evasiones y de abstracciones a que se ha llegado, y tal aquí se exhibe. Pero, antes de emprender las nuevas rutas, restauradoras de la tradición bien que enriquecidas con todas las experiencias de lo orgiástico, reunamos todas éstas para juzgarlas en su conjunto, como para decirles el adiós. Hagamos la síntesis suprema. La crítica exige de nosotros el tener la suficiente valentía, la necesaria generosidad para este acto.

El «VII Salón de los Once» será la despedida de soltero del vanguardismo.

A la izquierda, de arriba abajo: Juan Ponce, Joaquín Torres, Joan Miró, Antonio Tàpies, Modesto Cuiart.



Gigliotti Zanini.

Salvador Dalí.



Rafael Zabaleta.

